

REPÚBLICA, NEGROS Y CASTAS

Haití como símbolo republicano popular en el Caribe colombiano: Provincia de Cartagena (1811-1828)¹

Marixa Lasso*

Recibido: Marzo de 2003

Aceptado: Mayo de 2003

Resumen

El artículo analiza el uso político de la revolución haitiana por parte de los pardos, en la provincia de Cartagena. El movimiento revolucionario haitiano se constituyó en algunos lugares de Hispanoamérica en un símbolo de su lucha política para poner fin al dominio de los blancos. Esa apropiación simbólica condujo a posiciones radicales entre los sectores populares y a un inminente peligro, visto así por las élites, de una guerra de razas.

Palabras claves: Pardos, revolución haitiana, raza, conflictos.

Abstract

This article shows the political use of the haitian revolution by the pardos in the province of Cartagena. The haitian political

movement constituted in some places in Hispanoamerica a symbol of their political struggles in order to eliminated the white's dominion this symbolic appropriation led to adopt extreme positions among popular sector, and according to the high elites to an imminent danger of a racial war.

Key words: *Pardos, haitian revolution, race, conflicts.*

... Ustedes se van a joder porque correrá la sangre como en Santo Domingo: Pasquín aparecido una noche en las paredes de Mompoix, 1823

En la primera década de independencia de la América española, el Alcalde pardo² de un pequeño pueblo de la provincia de Cartagena fue acusado de sedición por decir

¹ Este artículo es la traducción de "Haiti as an Image of Popular Republicanism in Caribbean Colombia, Cartagena Province (1811-1830)," en David Geggus (ed.) *The International Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World* (Charleston: University of South Carolina Press, 2001). La autora agradece al profesor Julio Maldonado docente de la Universidad del Atlántico por su excelente traducción.

² Este trabajo utiliza la expresión *pardo* para referirse a todos los descendientes libres africanos. Escogí pardo y no negro o mulato porque ninguno de los documentos consultados empleaba el término *moreno* (negro) Aunque es un tema que merece otro estudio, los documentos parecen revelar que, durante el periodo de la independencia, las diferencias coloniales entre *morenos* (negros) y *pardos* (mulatos) permitieron el uso generalizado del término pardo para aludir a la gente libre descendiente de africanos. Esta tendencia también se observa en la gran disminución del porcentaje de *morenos* y el aumento del porcentaje en el último censo del siglo dieciocho.

que “jamás se concluiría la guerra porque había de despertarse luego una más sangrienta contra los blancos como sucedió en Guarico (Haití).” En 1823, en el pueblo de Mompo, apareció un pasquín en el cual se amenazaba a los blancos de ser picados a machetazos para que su sangre corriera como sucedió en Santo Domingo. Y en 1828, en Cartagena, dos pardos veteranos de la guerra de independencia manifestaban que “que ya sería siendo necesario concluir con el color blanco, pues la patria ellos la habían hecho, y que siendo ellos sus fundadores sin destruir a estos jamás gozarán su libertad.” ¿Cuál es la relación entre esas amenazas sangrientas de repetir la violencia haitiana y las guerras de Independencia en el Caribe Colombiano? ¿Qué pueden decirnos sobre la cultura política y las aspiraciones de las clases caribeñas durante las guerras de independencia?

Este trabajo sobre el uso político de la revolución haitiana por parte de los *pardos*, intenta abordar estas preguntas con base en algunos documentos no explorados hasta ahora.³ Mi análisis sobre la primera República de Cartagena sugiere que la población *parda* local tuvo algunas oportunidades de familiarizarse con los eventos de la revolución haitiana. Adicionalmente, tres sucesos específicos –el juicio de Arcia, un alcalde *pardo*, en 1822, los disturbios de Mompo en 1823 y el motín militar en Cartagena en 1828- ilustran la importancia de la revolución haitiana como símbolo republicano popular. De hecho, cuando se acabaron las guerras de independencia, el modelo haitiano

representaba una alternativa política que la élite y las clases bajas podían temer o anhelar.

Aunque la retórica republicana de los padres fundadores de la América española ha sido objeto de numerosas y excelentes investigaciones, poco se sabe sobre el imaginario republicano de las clases bajas y sus contactos con las revoluciones de la época; una omisión sorprendente dados los vínculos entre la Haití revolucionaria y el Caribe español. Los trabajos sobre las guerras de independencia mencionan a Haití, ya sea para explicar la inclinación monárquica de la élite esclavista temerosa de una rebelión esclava similar a la haitiana,⁴ o para resaltar la ayuda militar de Petión como contraprestación a la promesa de Bolívar de abolir la esclavitud.⁵ La probable influencia de la revolución haitiana en la cultura política popular de ese periodo todavía no ha sido abordada. Sin embargo, Bolívar no viajaba solo. Numerosos soldados y marinos se desplazaron entre Haití y Nueva Granada. ¿Que nuevas experiencias y expectativas traían esos hombres? La respuesta a esta pregunta aborda debates críticos sobre la naturaleza de la política popular de la época de la independencia. Aunque trabajos recientes refutan la creencia tradicional de que las clases bajas sólo participaron en las guerras de independencia como carne de cañón, el carácter de la política popular y la naturaleza de la transición histórica del periodo independentista todavía no son claros. De hecho, el mismo carácter revolucionario de estas guerras aún es cuestionado. ¿Consistió en una revolución

³ El estudio de la influencia de la revolución haitiana sobre las políticas populares de Cartagena me llevó a nuevas fuentes y a sucesos ignorados anteriormente, tales como el Juicio de Arcia y los disturbios de Mompo. Debido a la fama de su líder, José Prudencio Padilla, la revuelta de Cartagena se conoce mucho mejor. Pero, los análisis previos se centraron solamente en Padilla y en sus conflictos personales con Bolívar, ignorando fuentes que permiten una mejor comprensión de las aspiraciones populares y su participación en este evento.

⁴ Jorge Domínguez, *Insurrection or Loyalty: The Breakdown of the Spanish American Empire* (Cambridge: Harvard University Press, 1980).

⁵ Paul Verna, *Petion y Bolívar: cuarenta años de relaciones haitiano-venezolanas y su aporte a la emancipación de Hispanoamérica* (Caracas: Imprenta Nacional, 1969), 157-61.

elitista? La tendencia historiográfica dominante así lo plantea. De acuerdo con Eric Van Young, uno de los analistas más profundos de la cultura popular de este periodo, las aspiraciones tradicionales de las clases bajas tenían poco en común con la ideología ilustrada y liberal de la élite.⁶ Sin embargo, algunos estudios recientes sobre política popular sugieren lo contrario. El trabajo de Peter Guardino sobre las tendencias liberales de los campesinos de Guerrero, el artículo de Silvia Arrom de 1828 sobre el levantamiento del Parián en ciudad de México y el análisis de Virginia Guedea sobre la ideología política de los jefes indígenas en Ciudad de México en 1808-1816, refutan la percepción de una fuerte división ideológica entre unas clases bajas tradicionales y una élite moderna.⁷

La controversia sobre las diferencias ideológicas entre la élite y las clases bajas se encuentra estrechamente relacionada con la pregunta de si las clases bajas estaban familiarizadas con las revoluciones del siglo dieciocho. La literatura sobre la esclavitud ha resaltado la importancia de las clases bajas geográficamente móviles en la difusión de ideas revolucionarias entre la población esclava.⁸ Desdichadamente, ha existido poco diálogo entre esta interesante literatura y la historiografía sobre las guerras de la independencia. Aún los estudios revisionistas

sobre el liberalismo popular, como el de Guardino, permanecen confinados dentro de los límites nacionales.

En el caso colombiano, el no tomar en cuenta los contactos de la clase baja con los sucesos internacionales ha restringido las preguntas de los historiadores e influido sus planteamientos sobre la política popular. Gracias a los trabajos de Francisco Zuluaga y de Alfonso Múnera, conocemos algunos de los motivos que llevaron a las clases populares a apoyar a los realistas o a pelear por la independencia,⁹ y el papel activo de los *pardos* en el movimiento de independencia y sus acciones en pro de la igualdad legal entre blancos y negros.¹⁰ Además, Margarita Garrido ha analizado los cambios en el lenguaje político de la clase baja durante la transición de la colonia a la república, mostrando como las comunidades campesina aprendieron rápidamente a utilizar el lenguaje republicano. Sin embargo, todavía no está claro si este nuevo lenguaje reflejaba un nuevo tipo de aspiraciones políticas y sociales o simplemente presentaba viejas aspiraciones con una retórica nueva. Todavía no sabemos qué clase de futuro político se imaginaba el pueblo colombiano, o qué tipo de gobierno esperaba que remplazara al español. Garrido afirma que lo esencial de las demandas y quejas de la clase baja continuaban siendo las mismas: “En la Nueva Granada no hubo

⁶ Eric Van Young, “Quetzalcoatl, King Ferdinand, and Ignacio Allende Go to Seashore; or Messianism and Mystical Kingship in Mexico, 1800-1821,” en Jaime Rodríguez ed., *The Independence of Mexico and the Creation of the Nation* (Los Angeles: Latin American Center Publication-UCLA, 1989), 111.

⁷ Sylvia M. Arrom, “Popular Politics in Mexico City,” in Silvia M. Arrom, Servando Ortón eds., *Riots in the Cities: Popular Politics and the Urban Poor in Latin America, 1765-1910* (Wilmington: Scholarly Resources, 1996), 71-96; Virginia Guedea, “De la infidelidad a la infidencia,” en Jaime E. Rodríguez ed., *Patterns of Contention in Mexican History* (Wilmington: Scholarly Resources, 1992), 95-123; P. Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800 – 1857* (Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1996).

⁸ Julius S. Scout, “The Common Wind: Currents of Afro-American Communication in the Era of the Haitian Revolution” (Ph.D. diss., Duke University, 1986); D. B. Gaspar and D. P. Geggus eds., *A Turbulent Time: The French Revolution and the Greater Caribbean* (Bloomington: Indiana University Press, 1997).

⁹ Francisco Zuluaga, “Clientelismo y Guerrilla en el Valle del Patía, 1536-1811,” in German Colmenares, ed., *La Independencia: ensayos de historia social* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986), 111-36.

¹⁰ Alfonso Múnera, “Failing to Construct the Colombian Nation: Race and Class in the Andean-Caribbean Conflict, 1717-1816” (Ph.D. diss., University of Connecticut, 1995).

ningún proyecto de democracia radical como los de Morelos y Artigas”.¹¹ El interés de algunos sectores de las clases bajas cartageneras por el republicanismo haitiano cuestiona ese planteamiento y sugiere que, por lo menos por un corto periodo, un sector de la población *parda* parecía haber pensado en un futuro radicalmente diferente.

Finalmente, como Cartagena tenía un gran número de *pardos* libres y una cantidad relativamente pequeña de esclavos, preferí centrarme en la población libre. El análisis sobre los *pardos*, quienes no solamente disfrutaban de libertad sino también de igualdad jurídica, intenta presentar una perspectiva diferente a la de los estudios sobre la influencia de la revolución haitiana, los cuales se han enfocado tradicionalmente en la población esclava.¹²

Cartagena 1811-1815: Una Republica de pardos y marineros

Cuando las guerras de independencia finalmente acabaron, el pueblo de Cartagena contaba con una rica gama de experiencias republicanas radicales, las cuales influirían en sus aspiraciones y programas para la nueva nación. Como habitantes de una ciudad portuaria del Caribe, los cartageneros de clase baja gozaron de múltiples oportunidades para enterarse de los acontecimientos de las revoluciones francesa, haitiana, y

estadounidense. Navegantes, soldados y también esclavos eran portadores de noticias para los cartageneros.¹³ Por ejemplo, en mayo de 1803, las autoridades españolas discutieron acaloradamente sobre qué hacer con los comisionados del gobierno francés de Martinica y Santo Domingo que habían izado orgullosamente la bandera tricolor en la casa que habitaban en el barrio pobre de Getsemaní.¹⁴ No sabemos como la gente de Getsemaní interpretó la bandera, ni qué versiones de las revoluciones francesa y haitiana escucharon. Gracias al trabajo de Múnera, si sabemos que los *pardos* siguieron con interés los debates de las cortes de Cádiz, y que, después de enterarse de que el parlamento español le negó los derechos de ciudadanía a los descendientes de africanos, se convirtieron en fieles seguidores de la causa de la independencia.¹⁵ En efecto, fueron los habitantes armados de Getsemaní quienes en Noviembre de 1811 obligaron a la vacilante élite criolla a declararse en total independencia de España.¹⁶ Aunque aún no conocemos a fondo las aspiraciones republicanas del pueblo cartagenero, el testigo realista Fernández de Santos opinaba que sería muy difícil convertirlo nuevamente a la causa realista porque “la plebe paladeada con el vicio, con quiméricas promesas de felicidad, y con una frenética igualdad, se haya bien con la miseria, con tal que no se les

¹¹ Margarita Garrido, *Reclamos y Representaciones: Variaciones sobre la Política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815* (Bogotá: Banco de la República, 1993), 296.

¹² Para los debates sobre la influencia de la revolución haitiana, ver Eugene Genovese, *From Rebellion to Revolution: Afro-American Slave Revolts in the Making of the Modern World* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1979); Scott, “Common Wind”; David Patrick Geggus, “Slavery, War, and Revolution in the Greater Caribbean, 1789-1815,” and “Slave Resistance in the Spanish Caribbean in the Mid-1790s,” in Gaspar and Geggus, eds., *A Turbulent Time*.

¹³ Me baso en el análisis que hace Julius Scott’s sobre el papel que jugaron los marineros y otros grupos móviles de las clases populares en la divulgación de noticias sobre la revolución haitiana entre los esclavos de las ciudades del Caribe.

¹⁴ Archivo General de la Nación, Colombia (de aquí en adelante AGN) Seccion Colonia, Fondo Milicias y Marina, 113, fols. 76-87.

¹⁵ Múnera, “Failing to Construct,” 237.

¹⁶ *Ibíd.*, 238-40.

corrija sus desórdenes.”¹⁷ Ese igualitarismo no solo está asociado con el republicanismo, sino también con el jacobinismo.¹⁸

Era el año uno de la República de Cartagena. Comenzando con la introducción de un nuevo calendario, la nueva república imitaba la retórica de la revolución francesa.¹⁹ Durante los siguientes 4 años, el igualitarismo “frenético” de las clases populares convirtió a Cartagena en una de las primeras repúblicas del hemisferio en otorgar iguales derechos políticos a los pardos libres y a los blancos. La constitución de 1812 eliminó las diferencias legales de color, garantizó el libre sufragio para todos los hombres libres excepto los desocupados y los sirvientes y, aunque no abolió la esclavitud, declaró ilegal su comercio. Adicionalmente, pardos de origen modesto pudieron acceder a la asamblea constitucional, al consejo de guerra y al congreso.²⁰

Los contactos políticos del pueblo de Cartagena con el exterior aumentaron durante su efímera “primera república.” En 1812, cuando una acuciante necesidad de fondos llevó al gobierno a convertir a Cartagena en un refugio de corsarios, la presencia de marineros franceses y haitianos se volvió común en la ciudad. Además, los cartageneros y los haitianos algunas veces trabajaban juntos como piratas y como navegantes en la armada

de la nueva república.²¹ Los esfuerzos del gobierno por imprimir en español y francés las ordenanzas de la ciudad, y los esfuerzos de los españoles por ganarse a los franceses como adeptos durante el bloqueo de 1815, son también indicadores de la importancia de la presencia de francesa y haitiana en Cartagena. Sabemos con certeza que durante la defensa de la ciudad se formó un batallón con 50 haitianos.²² Cuando en 1812, el derrotado ejército venezolano encontró refugio en Cartagena, sus soldados agregaron un componente más al cosmopolitanismo de la época. Gracias a ellos, los lugareños probablemente se enteraron de la campaña de Boves, la emancipación de los esclavos que peleaban por los realistas y el tratamiento cruel al cual se vio sometida la élite venezolana. Fue en Cartagena, y con un seguimiento mayoritariamente haitiano, que en 1813, Briceño preparó su *Guerra a Muerte*.²³ En 1814, estos soldados regresaron nuevamente, derrotados y con nuevas historias para contar.

Los contactos cartageneros con Haití no terminaron allí. Tras la victoria de la armada española sobre las fuerzas patriotas, un buen número de residentes abandonó el puerto en naves corsarias y encontró refugio en la Haití de Petión.²⁴ Algunos de ellos regresarían y jugarían un papel importante en la política local post- independentista.

¹⁷ “Porque la plebe paladeada con el vicio, con quiméricas promesas de felicidad, y con una frenética igualdad, se hayan bien con la miseria, con tal que no se les corrijan sus desórdenes”, in “Noticias sobre el estado de la Plaza de Cartagena,” 15 Oct. 1812, AGN, Archivo Anexo, Fondo Historia, fols. 445-53.

¹⁸ “Respecto a que el Obispo es Fernandino, que salga Jacobino”. *Ibid.*

¹⁹ Ver, por ejemplo, Edicto del Presidente Manuel Rodríguez Torices, AGN, Archivo Restrepo, 5, fol. 51.

²⁰ Para la participación activa de los pardos en la República de Cartagena, ver Múnera, “Failing to Construct,” chapter 6.

²¹ Paul Verna, *Petión y Bolívar*, 337,316.

²² “Allí mandaba yo cincuenta haitianos corsaristas que se pusieron a mis ordenes”, escribió un Cartagenero en sus memorias del bloqueo. Ver Manuel Corrales, comp., *Documentos para la historia de la Provincia de Cartagena de Indias, hoy Estado Soberano de Bolívar, en la unión Colombiana* (Bogotá: Imprenta Medardo Rivas, 1883), 183.

²³ Paul Verna, *Petión y Bolívar*, 312

²⁴ *Ibid.* 334.

Un alcalde pardo y sedicioso, Majagual 1822

Para Valentín Arcia, las guerras de la independencia no fueron un simple suceso sangriento que dejó intactas a las estructuras sociales coloniales. Era un carpintero *pardo* de 31 años que ocasionalmente se desplazaba como pequeño comerciante desde su pueblo Majagual hasta Popayán, al sur del país. Hacía poco lo habían nombrado alcalde de segunda denominación de Majagual, un pequeño pueblo de la provincia de Cartagena. Como tal, ejercía poder político sobre los ricos lugareños blancos, y esperaba que éstos lo trataran como a un igual. Arcia también se interesaba por la política nacional y se entretenía escribiendo sobre temas políticos.²⁵

Pero aun así, las cosas no marchaban tan placidamente como él hubiese querido. Mientras que como representante del gobierno Arcia se veía obligado a reclutar para el ejército y a enfrentar la desertión de la clase baja, como alcalde pardo y carpintero se veía expuesto a la hostilidad de la élite local. Así, entre 1822-1824, la élite blanca de Majagual y del pueblo vecino Algarrobo lo acusaron simultáneamente de incitar a una guerra racial y de abusar de su autoridad como alcalde para promover el reclutamiento. Sus aprietos ilustran la cultura política de este alcalde *pardo* artesano y revela las diferentes connotaciones que términos como republicanism y independencia tenían para las clases antagonistas y para los intereses raciales de la región.

En 1822, Arcia, sin duda orgulloso de su último escrito, se dirigió a la casa del otro

alcalde, donde se encontraban reunidos algunos miembros de la élite local. Después de intercambiar saludos, les leyó su trabajo, un diálogo entre un alcalde pardo y un campesino. Según Arcia, se trataba de una conversación real entre él y un campesino de la localidad. En consecuencia, este diálogo nos brinda la rara oportunidad de comprender cuales eran las preocupaciones de los pequeños propietarios y campesinos al finalizar las guerras de independencia. Tanto al alcalde como al campesino les preocupaba la disminución del comercio en la región. El campesino, además, protestaba en contra de las exigencias del gobierno y de la conscripción militar. El alcalde se quejaba de las dificultades que enfrentaba por ser un humilde artesano convertido en alcalde; su pobreza llevaba a la gente a acusarlo de cobrar con una precisión inusual. Ambos denunciaban el grado de desigualdad al cual todavía se veía sometida la gente de color. La élite local consideró este diálogo extremadamente radical para un representante del Estado. Días después, uno de ellos escribió al gobierno provincial de Cartagena acusando a Arcia de sedición. Como resultado, fue arrestado y sometido a un juicio criminal que duró tres años.

Según la persona que denunció a Arcia, el diálogo contenía el siguiente comentario: “Jamás se concluiría la guerra porque había de despertarse luego una más sangrienta contra los blancos como sucedió en Guarico [Haití]”.²⁶ Sin embargo, las declaraciones de los testigos, incluyendo a Arcia, señalaban que las palabras de este último no llegaban a tanto. Según Arcia, él había solamente afirmado: “Si en todos los lugares de

²⁵ El análisis del juicio de Arcia se basa en “Causa Criminal contra Valentín Arcia, alcalde ordinario de segunda nominación de Majagual por hablar mal contra los blancos y contra el gobierno”, AGN, República, Asuntos Criminales (en adelante R-AC) 61, fols. 1143-1209, and 96, fols. 244-322.

²⁶ “Jamás se concluiría la guerra porque había de despertarse luego una más sangrienta contra los blancos como sucedió en Guarico.” AGN, R-AC, 61, fols. 1143-1209. Guarico era el nombre que los españoles daban a Cap-Français, donde la Revolución Haitiana había comenzado.

Colombia se trataba a los de su calidad con el mismo desprecio, no quisiere Dios que suscitase otra guerra de aquellos contra los blancos.”²⁷

¿Qué indujo a Arcia a proferir tales amenazas? Al quejarse en la reunión anteriormente señalada sobre el maltrato a gente de “su clase” en Majagual, los blancos le respondieron con el argumento de qué más querían si ya tenían un alcalde *pardo*. No obstante, Arcia seguía insatisfecho. Él esperaba que la élite blanca lo tratara como a un igual. Se sentía ofendido cuando las damas de esa élite le echaban en cara sus humildes orígenes y le negaban el tratamiento cortés apropiado para un caballero,²⁸ y resentía la forma como los hombres de la elite desafiaban su autoridad.²⁹

A pesar de su desencanto, Arcia seguía siendo un fiel partidario del sistema republicano. Ni siquiera sus peores enemigos dudaban de su republicanismo. El fiscal, la élite blanca y el mismo Arcia estaban de acuerdo en una cosa: bajo el nuevo sistema personas como Arcia consiguieron beneficios tangibles imposibles de lograr bajo el régimen español. Pero la élite le temía al supuesto republicanismo radical de Arcia. Su apoyo al nuevo gobierno y su radicalismo pueden observarse en una proclama mediante la cual exhorta al pueblo de Majagual a alistarse en el ejército:

“Despertad majagualeños; no estén aletargados
mirad que quien tiene enemigos no duerme...
En todo Colombia el despotismo no tiene lugar;

los americanos a las bayonetas lo han de desterrar

El yugo tirano no se vea en Majagual pues de lo contrario habéis de esperar la muerte propicia a nuestro umbral.”³⁰

Aunque la intención obvia de esta proclama era reclutar soldados para el ejército republicano, su tono violento parecía demasiado peligroso para ser utilizado por un alcalde *pardo*. Corrió entonces un rumor que acusaba a Arcia de querer organizar a la gente de color contra los blancos. Sin embargo, el propósito de Arcia era llegar a los majagualeños que no compartían sus convicciones republicanas, a aquellos para quienes la república no significaba poco o nada; de convencer a aquellos cuya real preocupación tenía que ver con el sufrimiento económico y humano de la guerra. Arcia denunciaba en su proclama la solución de esa gente: volver al monte y esperar pacientemente por una victoria final española o americana. Su proclama decía: “Vosotros os llenáis de confianza diciendo ha bien que yo siempre he estado huyendo al monte por no servir a Colombia... unos u otros se dirán: hombre llevemos las cosas presentes con pasos de plomo pues quizás el gobierno actual no tendrá subsistencia y quien sabe si luego la pasamos mal con los españoles. Soy del sentir señores que todos éstos se equivocan.”³¹

Con el tiempo Arcia quedó libre. El gobierno central de Bogotá no creía que tuviera intenciones sediciosas y consideraba que los tres años en prisión esperando a ser

²⁷ “Si en todos los lugares de Colombia se trataba a los de su calidad con el mismo desprecio, no quisiere Dios que se suscitase otra guerra de aquellos contra los blancos.” AGN, R-AC, 61, fols. 1143-1209.

²⁸ Arcia menciona con amargura una ocasión en que una dama no le ofreció una silla durante una reunión social.

²⁹ Los documentos describen una larga querrela entre Arcia y los hombres blancos del pueblo, quienes ignoraron a Arcia cuando solicitó que todo el pueblo se congregara después de misa.

³⁰ AGN, R-AC, 61, fols. 1143-1209

³¹ Ibid.

juzgado eran suficiente castigo para las palabras fuertes que hubiese pronunciado, cualquiera que ellas fuesen. El juicio de Arcia revela que, si para una parte de la población el establecimiento de un gobierno republicano era inconsecuente, para otros sí representaba un cambio real. La élite enfrentaba la posibilidad de ser gobernada por un artesano pardo “sin más medios de subsistencia que sus propias herramientas”.³² Para las clases bajas la republica representaba la posibilidad de ser gobernadas por alguno de su propia condición. Lo que estaba en juego era el alcance de estos cambios. ¿Deberían los “Arcias” de Nueva Granada sentirse satisfechos con un poco poder político sin el correspondiente reconocimiento social y poder económico? ¿O los conflictos raciales aumentarían hasta provocar una guerra de razas? En ese momento, ambas opciones se consideraban posibles. Si el nuevo Estado republicano fallaba en satisfacer las aspiraciones de Arcia, el ejemplo de Haití, una república gobernada por negros, estaba a la mano, y convertía la amenaza de “una nueva guerra contra los blancos” en algo plausible.

La amenaza de los machetes: los disturbios de Mompos en 1823

Los disturbios en Mompos en 1823 demostraron que las preocupaciones de los

majagualeños blancos eran algo más que una simple paranoia. Durante la independencia, Mompos era la ciudad mas importante del bajo Magdalena. Era el punto de encuentro comercial entre la costa y el interior y también el punto de reunión de cerca de diez mil bogas, cuyos viajes les permitían mantenerse al día con los hechos de la costa y del interior. A diferencia de otros individuos móviles de clase baja como los marinos y soldados, los bogas no estaban sujetos a ningún régimen disciplinario y eran conocidos por su rebeldía y su autonomía. Su desertión y abandono era un problema frecuente que debían soportar los viajeros.³³ Por eso no sorprende que los disturbios de Mompos comenzaran cuando el ejército intentaba reclutar a algunos momposinos para la campaña de Maracaibo.³⁴

Los conflictos comenzaron cuando el comandante Robledo reemplazó al comandante de Mompos, Remigio Márquez, un coronel pardo quien había sido elegido senador.³⁵ Este reemplazo significó un cambio radical en la relación entre el gobierno republicano y las clases bajas. De acuerdo con los informes militares, el gobierno del Coronel Márquez le había otorgado al pueblo demasiadas libertades; Mompos se había convertido en un lugar “insolente y licencioso”.³⁶ Sus habitantes, se quejaban los informes, se habían acostumbrado a una

³² AGN, R-AC, 96, fols. 244-322.

³³ “Mompos es el lugar de reunión de los bogas, que llegan a ser cerca de 10.000 y no existe una buena ley que los regule y están mal administrados. Son ellos mismos lo que determinan términos del viaje y, además, cobran por adelantado desapareciendo frecuentemente con el dinero.” Charles Stuart Cochrane, *Viajes por Colombia 1823 y 1824: diario de mi residencia en Colombia* (Bogotá: Banco de la República, 1994), 53. A lo largo de su viaje por el río Magdalena, Cocharane continúa quejándose de la “rebeldía” y falta de falta de “disciplina” de los bogas: *Ibid.*, 59-70

³⁴ Mi análisis del tumulto de Mompos se basa en varios informes que los oficiales del ejército allí estacionados enviaron a sus superiores en Cartagena y Bogotá. AGN, R-AC, 66, fols. 804-11. AGN-R, Secretaria de Guerra y Marina, 30, fols. 342 -50, 368-69, 564, 616-21.

³⁵ Para el color del coronel Remigio Márquez, ver David Bushnell, *The Santander Regime in Gran Colombia* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1970), p. 65 y Remigio Marquez a los Señores del Senado Conservador, AGN, R, Congreso, 25 fol. 567.

³⁶ AGN-R, Secretaria de Guerra y Marina, 30, fols. 324-50.

“débil complacencia” y creían que podían servir al gobierno “dentro de su albedrío”.³⁷

La actitud de las clases bajas de Mompo no cuadraba con las necesidades militares del nuevo Estado. Para desánimo de los militares, solo los trabajadores oficiales y los comerciantes respondían a las peticiones de reclutamiento, mientras que individuos físicamente aptos deambulaban por las calles sin temor a las autoridades. Según los jefes militares, la impunidad que reinaba entre la masa bajo el régimen de Márquez los había convertido en “insolentes y criminales”.³⁸ Por ello, impulsar el reclutamiento no era cosa fácil. Los métodos suaves tales como otorgar privilegios especiales a los reclutas o prometerles que prestarían el servicio solamente en su región y que este servicio no duraría más de un mes, no daban resultados. La coerción también falló. Si una patrulla militar trataba de imponerse en el “Barrio de Abajo,” ésta era echada a pedradas y machetazos. Era imposible para el gobierno entrar en un barrio en el cual “no se obedece juez político, comandante militar, ni a nadie”. Y si los militares atemorizaban o reprimían, la gente tendía a irse para el monte.³⁹ Como si esta “anarquía” de la clase baja no fuera de por sí amenazante, Márquez comenzó a impulsar algunas leyes contra el contrabando enfrentándose a las prácticas e intereses tradicionales de la élite comerciante local.⁴⁰ Se quejaban sus oponentes de que todas las personas respetables habían sufrido alguna ofensa o vejación por parte de Márquez.⁴¹

En abril de 1823, Robledo, un comandante más cercano a los intereses de la

élite momposina, reemplazó a Márquez. Sin embargo, el control militar no mejoró. Para sorpresa de las autoridades militares, el pueblo de Mompo continuó siendo ingobernable a pesar de la ausencia de su líder. En mayo, cuando Márquez volvió a Mompo de paso para el senado en Bogotá, la oposición al reclutamiento aumentó hasta llegar a tener visos de conflicto racial. Se acusó a Márquez de romper las relaciones armoniosas que existían y fomentar “divisiones de clase”. Todas las noches los más pobres, “la última clase,” lo visitaban y tocaban tambores en la puerta de su casa. En la noche, hombres enmascarados se paseaban por las calles y todas las mañanas aparecían pasquines pegados en las paredes. Afortunadamente todavía queda uno de esos pasquines como ejemplo peculiar y válido de cómo las clases populares momposinas manifestaban sus aspiraciones y querellas políticas.

“Señor juez político

No me dirá usted porque no han seguido los pasquines? Pues yo se lo diré.

Es porque han sabido los blanquitos de mierda ...que la gente quiere al señor Marques y temen que ande el machete carájo.

Usted no quiere que el señor Marques sea juez político porque se le quita la chupadera de aguardiente. El señor Robledo no quiere cortar el mando *porque se le corta el robo con la tropa...al fin ustedes se van a joder porque correrá sangre como en Santo Domingo.*⁴²

³⁷ AGN-R, Secretaría de Guerra y Marina, 30, Fol.. 616- 21.

³⁸ Ibid.

³⁹ Ibid.

⁴⁰ Sobre los conflictos entre Márquez y los comerciantes de Mompo, ver David Bushnell, *The Santander Regime*, 65, 85.

⁴¹ AGN-R, Secretaría de Guerra y Marina , 30, fols. 324-50.

⁴² AGN, R-AC, 66, fols. 804-11. Este pasquín proviene de una copia que un oficial envió a sus superiores en Cartagena. Según el oficial, el tono de este pasquín era típico.

¿Cómo podemos interpretar este pasquín y las quejas sobre la ingobernabilidad de los momposinos? ¿Qué pueden decirnos sobre las aspiraciones del pueblo en esos momentos críticos? El pasquín señalaba que “el pueblo amaba” a Márquez. ¿Por qué? Podrían sentirse identificados con un gobernador pardo, que participaba de sus tamboras. También podrían estar de acuerdo con su estilo de gobierno. El pasquín aplaudía la lucha de Márquez contra la corrupción de la élite porque ayudaba a detener el robo de las tropas. Adicionalmente, las clases bajas seguramente aprobaban su tolerancia. Como dijimos anteriormente, las autoridades oficiales se quejaban de que las masas se estuviesen acostumbrando a un gobierno muy indulgente y que creían que “podían obedecer al gobierno según su santa voluntad. Tal vez no sea muy descabellado suponer que los momposinos consideraban la nueva libertad republicana como el derecho a vivir bajo un gobierno que no controlaba sino que era controlado por el pueblo.

Por otro lado, el pasquín entrelazaba reclamos políticos y raciales. ¿Cuál era la relación entre los reclamos políticos y la sangrienta amenaza de violencia al estilo haitiano? ¿Era ésta simplemente una herramienta política para infundir temor y lograr resultados, o era que Haití encarnaba las aspiraciones de los momposinos republicanos? Quizá podamos asumir por el pasquín que Haití se había convertido en un modelo alternativo popular republicano, que la Haití imaginada por los momposinos era un lugar donde los negros se gobernaban por sí mismos y gozaban de un gobierno que no oprimía a las clases menos favorecidas. En otras palabras, Haití se había convertido en una imagen utópica para las clases bajas.

Cuando Márquez finalmente salió de Mompo, el levantamiento no cesó. Para sorpresa y mortificación de la élite, los

enmascarados continuaban paseándose por las noches y los pasquines amenazantes continuaban apareciendo en las mañanas. De hecho, el gobierno central eventualmente declaró a Márquez inocente de haber promovido conflictos raciales.⁴³ Lo que sucedió en Mompo no era producto de las maquinaciones políticas de este personaje, sino de las mismas creencias y actitudes de sus habitantes.

“Esta es una buena noche para acabar con los blancos”: una revuelta constitucional parda contra Bolívar, Cartagena 1828.

Aunque los tumultos de Mompo no terminaron en una masacre de blancos, la amenaza de una guerra racial no desapareció de la escena política de la provincia de Cartagena. En marzo de 1828, las clases bajas de Cartagena se levantaron contra los intentos de Bolívar de modificar la constitución de 1821. El análisis de esta revuelta arroja luces sobre una interesante gama de agendas políticas en la cual se combinaban amenazas contra los blancos con vivas a favor de la libertad y en contra de una dictadura militar y el proyecto constitucional de Simón Bolívar.

El Benemérito de la Patria, Almirante José Padilla, un marino pardo convertido en general durante las guerras por la independencia, era el promotor y la figura más conocida de esta revuelta. Su carrera amerita un análisis porque constituye un buen ejemplo de los contactos con las revoluciones del Atlántico que numerosos hombres de color tuvieron a través de sus actividades marítimas. En 1792, a sus catorce años, Padilla era mozo de cámara en la marina real española. Con el tiempo fue nombrado grumete y luego contra maestre de navío, un cargo relativamente alto para un pardo criollo. En 1805, participó en la batalla de Trafalgar donde fue hecho prisionero por los ingleses.

⁴³ AGN-R, Congreso, 9, Apr. 1824, fols. 455-56

Padilla permaneció en Inglaterra hasta la paz de 1808, cuando regresó a Cartagena.⁴⁴ Sus travesías, indudablemente, lo habían familiarizado con las historias de las revoluciones francesa y haitiana y con el abolicionismo inglés. En 1815, después de la caída de Cartagena, Padilla se refugió en el puerto haitiano de Los Cayos desde donde, gracias al apoyo del presidente Pétion, regresó con Bolívar a continuar la lucha por la independencia.⁴⁵ Su ascendencia sobre el pueblo de Cartagena se debía probablemente a su humilde origen social, sus glorias militares y su experiencia internacional.

El 5 de marzo de 1828, un grupo de personas del barrio de Getsemaní le comunicó a Padilla que desconfiaban del ejército porque su hostilidad contra la Gran Convención amenazaba la libertad.⁴⁶ Las preocupaciones de la gente de Getsemaní formaban parte de los conflictos entre Santander y Bolívar sobre la necesidad de reformar la constitución de 1821.⁴⁷ Un sector del gobierno grancolombiano, del cual Bolívar era el principal exponente, consideraba que los problemas políticos de la época eran el resultado del excesivo liberalismo de esa constitución y que la nación requería un estado más fuerte. Parte de su programa era adoptar la constitución boliviana, la cual, entre otras cosas, planteaba una presidencia vitalicia. Con este objetivo, Bolívar organizó una convención nacional constituyente. Las elecciones nacionales de la convención favorecieron, sin embargo, a Santander. Como

reacción a este resultado desfavorable, la facción bolivariana inició una campaña para sabotear la convención. En Cartagena, como en otras partes del país, los militares seguidores de Bolívar procedieron a redactar “representaciones contra la convención”, que no eran más que amenazas contra los representantes electos a la convención. Padilla decidió apoyar la convención e hizo público su respaldo a aquellos militares que se negaran a firmar la amenazante “representación”. Contaba con la ayuda de la gente de Getsemaní que se oponía a los militares que constituyeran una amenaza para la libertad. Según el gobernador de Cartagena, las protestas de los residentes en Getsemaní se debían a los bajos salarios de las tropas y el hambre imperante entre las clases bajas. También predijo un levantamiento.⁴⁸ Efectivamente, al día siguiente, el pueblo se alzó bajo la conducción del General Padilla y del Dr. Ignacio Muñoz, destituyó al General comandante Montilla y proclamó a Padilla intendente y comandante general del departamento.

¿Por qué el pueblo manifestaba su descontento material en términos antagónicos a la facción bolivariana, y qué esperaban ellos de la elección de Padilla? Algunas respuestas a estas interrogantes aparecen en los testimonios de quince testigos pardos y cinco blancos interrogados en procesos sumarios.⁴⁹ Sus versiones sobre el discurso de Padilla nos permiten entender cuales eran los temas que despertaban el interés político de las clases

⁴⁴ For the details of Padilla’s life, see Enrique Otero D’ Costa, *Vida del Almirante José Padilla (1778-1828)* (Colombia: Imprenta y Litografía de las Fuerzas Militares, 1973).

⁴⁵ Verna, *Pétion y Bolívar*, 167-254.

⁴⁶ Descripción del Intendente Ucros, citada por Enrique Otero D’ Acosta, *Vida del Almirante*, 92.

⁴⁷ Para un resumen de los conflictos entre liberales y conservadores, ver Bushnell *The Santander Regime*. Para un resumen que sitúa la revuelta, juicio y ejecución de Padilla en el contexto de las guerras de independencia y la abolición de la esclavitud, ver John Lynch, *The Spanish American Revolution, 1808-1826* (New York: Norton, 1973), 256, 265 -66, y Robin Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery* (London: Verso, 1998), 263.

⁴⁸ Enrique Otero D’ Acosta, *Vida del Almirante*, 92

⁴⁹ “Cartagena, Sumaria averiguación para aclarar asuntos relacionados con la seguridad pública y con la subordinación y disciplina en las clases del ejército,” AGN-R, AC, 44, fols. 86-118.

bajas. Además, sus diversas historias revelan las múltiples lecturas de la revuelta y cómo los rumores y las conversaciones articulaban los objetivos políticos.

El primer aspecto que surge es el interés que la defensa de la constitución liberal despertaba en la masa cartagenera. En su discurso, Padilla afirmaba que “lo que quería el General Montilla (comandante general de la ciudad) era destruir la constitución y las leyes y disolver la convención después de que se habían sacrificado los pueblos por la libertad”. Según uno de los testigos, Padilla dijo que “muriese el general Montilla pues que este jefe, según las intenciones que se estaban dando conocer, era de subyugar al pueblo a la tiranía”. Según otra declaración, se informaba que Padilla también afirmaba que “La Carta boliviana—la constitución conservadora boliviana—no servía de ninguna ventaja a la segunda clase, pues ésta era la que había peleado en los campos de batalla para ahogar la tiranía”. De acuerdo con un tercer testimonio, Padilla también le preguntó al pueblo “si no lo reconocían por comandante general, que si querían ser esclavos o libres, a lo que contestaron algunos que querían ser libres; y que sí lo reconocían”.⁵⁰

En segundo lugar, las declaraciones revelan que el antagonismo racial también hacía parte del conflicto constitucional entre Bolívar y Santander. Dos días después de que el pueblo declarara a Padilla comandante de Cartagena, rumores sobre una masacre de blancos se propagaron por la ciudad. Un testigo oyó a un grupo de cinco o seis personas “que por los vestidos que tenían demostraban ser de la plebe” decir “Que esta era una buena noche para acabar con los blancos.”⁵¹ El mismo día, otro testigo oyó a dos individuos

decir a dos soldados rasos que “Acabar con los blancos se iba haciendo necesario”.⁵² El capitán Ibarra, un oficial pardo venezolano que había vivido en Haití y que algunos oficiales blancos consideraban peligroso para la ciudad, afirmó que “temía que el pueblo recurriera al último recurso... de declararle la guerra a los blancos”.⁵³

Estos testimonios revelan el apoyo de las clases populares hacia las instituciones democráticas, las cuales eran consideradas el producto de sus luchas y sacrificios en el campo de batalla. Las clases bajas de Cartagena pensaban que las instituciones conservadoras y un estado fuerte no tenían en cuenta las necesidades de los de “segunda clase” (entendidos éstos como los de clase pobre o la gente de color). También nos revelan que para un sector del pueblo no era suficiente el defender las instituciones liberales, ya que creían que no podían gozar de la libertad mientras los blancos estuviesen en el poder. Su meta era una república sin blancos. Durante la revuelta se oyó a dos soldados pardos comentar que “Ya sería siendo necesario concluir con el color blanco, pues la patria ellos la habían hecho, y siendo ellos sus fundadores sin destruir a estos jamás gozarán su libertad”.⁵⁴ Su meta era a la vez parda y republicana, es decir, un “Haití” en Colombia.

El ocho de marzo, Padilla logró un acuerdo con el gobierno legal de Cartagena y se dirigió a Mompox a buscar el perdón de Bolívar, pero no lo consiguió. Para Bolívar, siempre temeroso de la *pardocracia*, el color de Padilla, su estatura política y su popularidad lo hacían muy peligroso. Acusado de sedición, fue ejecutado en Bogotá en octubre de 1828, convirtiéndose así en héroe y mártir de la Costa.

⁵⁰ Ibíd.

⁵¹ Ibíd.

⁵² Ver nota 47.

⁵³ Ver, nota 47.

⁵⁴ Ver nota 47.

Conclusión

En el periodo intersticial entre las guerras de independencia y la consolidación de la república, la imagen de Haití fue invocada en algunos de los conflictos sociopolíticos del Caribe Colombiano. El uso de esa imagen revela algunos de los temores y aspiraciones que surgieron durante las guerras de independencia. Los tres casos aquí abordados surgieron en torno a pardos que ganaron ascendencia política y militar debido a su papel durante la lucha independentista. En los tres casos, la élite local intentó desacreditar a pardos con poder político acusándolos de promover conflictos raciales o, específicamente, de intentar fundar una Haití en Colombia. Pero estas acusaciones no eran simples maquinaciones. La imagen de Haití era parte integral de la ideología republicana de la época y representaba una alternativa popular para algunos sectores de los pardos de Cartagena. Esto no debería sorprender si se tienen en cuenta los estrechos vínculos entre el pueblo de Cartagena y Haití. Después de participar en una cruenta guerra que alteró radicalmente la naturaleza del estado, y con el recuerdo reciente del ejemplo haitiano, la posibilidad de iniciar una lucha para abolir no solo el gobierno español sino también el gobierno de los blancos, podía parecer plausible. Los sentimientos expresados en las palabras del alcalde Arcia, “Si en todos los lugares de Colombia se trataba a los de su calidad con el mismo desprecio, no quisiere Dios que suscitase otra guerra de aquellos contra los blancos” estaban con toda certeza en la mente de muchos.⁵⁵

No obstante, reducir las aspiraciones de los habitantes de Cartagena a un simple antagonismo racial, es simplificar sus perspectivas políticas y aislarlos de los vaivenes políticos del momento. Si Haití se

convirtió en una imagen política, es válido preguntarse qué tipo de imagen era. En otras palabras, ¿Qué simbolizaba Haití en términos de una relación ideal entre el pueblo y el Estado? Los casos antes mencionados sugieren una estrecha relación entre las exigencias raciales y una interpretación radical de republicanismo que rechazaba el concepto de un Estado fuerte. El pueblo de Mompo se levantó debido a su creencia de que tenían derecho a ser gobernados por alguien con quien se pudieran sentir identificados y obedecer a un estado de acuerdo con su santa voluntad. No querían ser controlados, sino controlar al estado. El campesino majagualeño soñaba con un gobierno libre de expropiaciones y reclutamientos militares. Finalmente, el pueblo cartagenero respaldaba la constitución liberal de 1821 contra el programa conservador de Bolívar porque, en las palabras de Padilla, *la carta bolivariana* no representaba ventaja alguna para la “segunda clase”, la cual había luchado en el campo de batalla para acabar con la tiranía.

También es necesario preguntarse si la invocación a la imagen de Haití reflejaba un claro entendimiento de la realidad haitiana o si ese país se había convertido en una imagen vaga y utópica. El pueblo cartagenero podría haber admirado la república de Pétió —la parte de Haití con la cual estaban más unidos— pero no con el Estado del norte cuyos trabajos forzados se mantuvieron hasta 1820. Los antiguos esclavos haitianos se habían opuesto terminantemente al intento de Toussant Louverture de reiniciar una economía de plantaciones. Presionados por ellos, Pétió inició un programa radical de reforma agraria que transformó al sur de Haití en una república de pequeños campesinos independientes.⁵⁶ Sin embargo, durante las

⁵⁵ AGN, R-AC, 61, fols. 1143-1209.

⁵⁶ Robert LaCerte, “The Evolution of Land and Labor in the Haitian Revolution, 1791-1820,” in Hilary Beckles, Verene Shepherd, eds., *Caribbean Freedom: Society and Economy from Emancipation to the Present* (Kingston: Lan Randle, 1993), 42-47.

mayor parte de su periodo independiente, por lo menos parte de Haití había estado sometida a gobiernos autoritarios de corte imperial y, a mitad de los 1820s, la república haitiana fundada por Petión abandonó su reforma agraria y revivió su economía de plantaciones. En cualquier caso, ninguno de los tres casos aquí examinados menciona a Pétion o a cualquier aspecto concreto de la realidad haitiana. El nombre de Haití se invocaba para manifestar aspiraciones y descontentos locales. Haití también podría haber simbolizado un proceso de purificación a través del cual se alcanzarían las aspiraciones políticas de las clases bajas. De acuerdo con el pasquín de Mompo, la corrupción de la élite cesaría y el pueblo sería gobernado por alguien de su aceptación solamente después de que la sangre corriera como en Santo Domingo. En forma similar, dos soldados de Cartagena afirmaron que no podrían obtener su libertad sino acababan primero con los blancos. Aparentemente Haití se había convertido en una imagen utópica, un lugar donde los pardos no solo se podían gobernar

a si mismos, sino que podían tener un gobierno republicano que no oprimiese a las clases bajas.

¿Podemos deducir de todo esto que Haití jugó en el Caribe español un papel similar al que la utopía Incaica jugó en los Andes y que merece por lo tanto una atención similar? Considero que no es una posibilidad desatinada. Efectivamente, según el general español Morillo, durante las guerras de independencia se difundieron rumores según los cuales el general Piar, un pardo venezolano, planeaba fundar una república negra en el Orinoco con la ayuda de Pétion.⁵⁷ Pero lo que queda de esto es la imagen de Haití entre algunos de los sectores pardos de la población de la Colombia Caribe. Analizar más a fondo esta percepción ampliará en buena parte nuestra comprensión de las razones de las clases bajas para luchar del lado republicano durante las guerras de la independencia y los clamores políticos de los *pardos* que los llevaron a pelear por los patriotas durante las guerras de la independencia *



⁵⁷ Morillo baso su reporte en una carta interceptada por los españoles, que él mismo no había visto. See Asdrubal Gonzáles, *Manuel Piar* (Caracas: Vedell Hermanos Editores, 1979), 185.